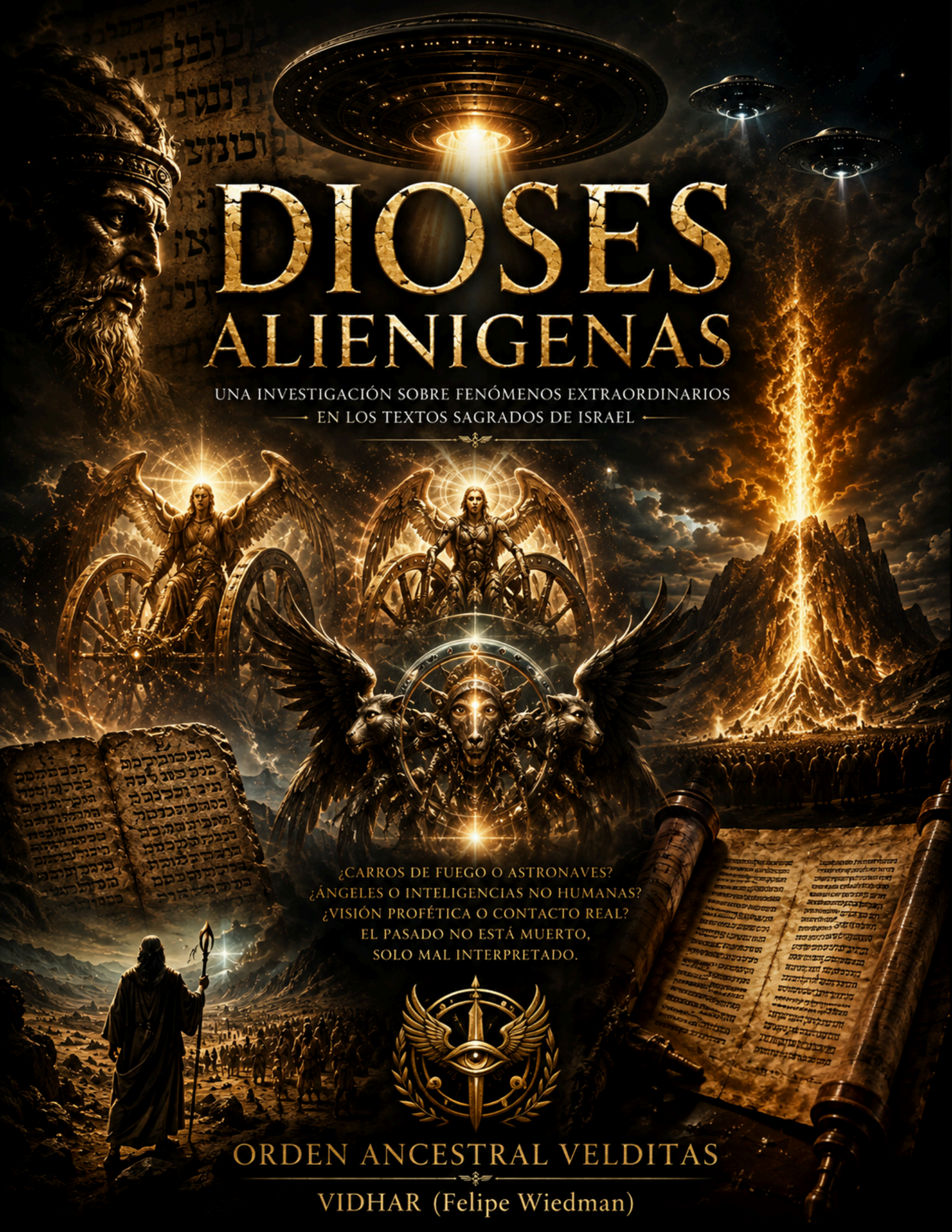

DIOSES
ALIENIGENAS
UNA INVESTIGACIÓN SOBRE FENÓMENOS EXTRAORDINARIOS
EN LOS TEXTOS SAGRADOS DE ISRAEL
¿CARROS DE FUEGO O ASTRONAVES?
¿ÁNGELES O INTELIGENCIAS NO HUMANAS?
¿VISIÓN PROFÉTICA O CONTACTO REAL?
EL PASADO NO ESTÁ MUERTO,
SOLO MAL INTERPRETADO.
ORDEN ANCESTRAL VELDITAS
VIDHAR (Felipe Wiedman)

EL CIELO DE LOS PROFETAS

Una investigación sobre fenómenos extraordinarios en los textos sagrados de Israel

PRÓLOGO

EL LUGAR DONDE LAS PREGUNTAS SE VUELVEN INCÓMODAS

Catorce años.

Catorce años he dedicado a una pregunta que no he logrado responder. No es una pregunta académica, de esas que se resuelven con una tesis doctoral y se archivan en una biblioteca universitaria. Es una pregunta que se ha instalado en mi vida como un huésped que no piensa marcharse, que se sienta a mi mesa durante las comidas y me susurra mientras intento dormir.

La pregunta es esta: ¿qué vieron realmente los profetas?

No me refiero a lo que creyeron ver, ni a lo que la tradición interpretó que vieron, ni a lo que los exegetas modernos suponen que quisieron decir. Me refiero a lo que estuvo frente a sus ojos, a la luz que iluminó sus pupilas, al sonido que vibró en sus tímpanos, a la presencia que hizo temblar sus cuerpos. Me refiero a la realidad física, fenomenológica, casi diría científica, de aquello que encontraron en el desierto, en la montaña, junto al río.

He leído los textos en hebreo, en arameo, en griego, en latín. He recorrido el desierto del Sinaí en dos ocasiones. He entrevistado a pilotos que han visto cosas que no deberían estar en el cielo. He hablado con rabinos, con pastores evangélicos, con arqueólogos ateos y con ufólogos convencidos. He acumulado una biblioteca de más de cuatrocientos volúmenes sobre teofanías, cosmologías antiguas, fenómenos aéreos no identificados, antropología de la religión y psicología de la percepción.

Y después de todo eso, no sé qué vieron los profetas.

Quizá por eso escribo este libro. No para resolver el misterio —he aceptado que quizá no pueda resolverse— sino para trazar un mapa de la zona donde el misterio habita. Para mostrar al lector el terreno que he explorado, los callejones sin salida en los que he entrado, las ventanas que he abierto para ver paisajes que no esperaba encontrar.

Este libro no nace de la certeza, sino de la perplejidad. No pretende demostrar que los fenómenos aéreos no identificados aparecen en la Biblia —aunque en algunos capítulos exploraré esa posibilidad con toda seriedad— sino que el lector termine preguntándose

por qué ciertos relatos, escritos hace más de dos mil quinientos años, parecen hablar de algo que nuestra propia época todavía no comprende.

Hay algo que debo advertir al lector antes de continuar: este libro no tiene una conclusión en el sentido tradicional. No encontrarás al final una respuesta definitiva, un "esto es lo que realmente sucedió". Lo que encontrarás, espero, es una sensación de que los textos antiguos son más extraños de lo que suponíamos, y que quizá hemos estado haciendo las preguntas equivocadas.

Porque tal vez —y esta es una posibilidad que he comenzado a tomar en serio— el problema no es determinar si los antiguos vieron naves espaciales o manifestaciones divinas. Tal vez el problema es que nuestra distinción entre "tecnología" y "religión" es demasiado moderna para aplicarla a un mundo donde ambas categorías no existían como opuestos. Tal vez los antiguos estaban describiendo algo que era, simultáneamente, físico y simbólico, real y trascendente, sin sentir la necesidad de resolver esa tensión.

He organizado esta investigación como un viaje. Empezaremos en el mundo cultural que rodeaba a los antiguos israelitas, ese universo de dioses que cabalgaban en nubes y barcos celestiales que navegaban por el firmamento. Luego nos adentraremos en los relatos mismos: la zarza que arde sin consumirse, la columna que guía a un pueblo en el desierto, el monte que humea y tiembla, la visión de un profeta exiliado junto a un río, el carro que asciende entre llamas. En cada estación de este viaje, abriremos múltiples puertas. Cada lector deberá decidir cuáles recorrer.

Si estás dispuesto a adentrarte en esa zona de incertidumbre, te invito a leer. Si buscas respuestas firmes, tal vez este no sea tu libro. Porque yo no las he encontrado. Pero he encontrado preguntas que merecen ser formuladas, y eso, creo, es suficiente razón para escribir.

PARTE I

EL PROBLEMA DE LAS CATEGORÍAS

CAPÍTULO 1 LA TRAMPA DEL LENGUAJE

Existe una distancia entre nosotros y los textos bíblicos que no es meramente temporal. Es una distancia categórica, conceptual, casi existencial. Cuando leemos "fuego que desciende del cielo", nuestra mente moderna genera automáticamente imágenes de cohetes, explosiones, energía. Cuando leemos "voz que emerge de una nube", pensamos en altavoces, comunicaciones, tecnología. Cuando leemos "carro de fuego", vemos motores, propulsión, vehículos.

Los antiguos, cuando escuchaban estas mismas palabras, no veían nada de eso. No porque fueran menos inteligentes —eran tan inteligentes como nosotros— sino porque su mundo mental estaba poblado por realidades diferentes. Su "fuego" no era el nuestro. Su "nube" no era la nuestra. Su "voz" no era la nuestra. O quizá sí, quizá los fenómenos que describían eran exactamente los mismos que nosotros llamaríamos con otros nombres. El problema es que no podemos saberlo.

Esta es la trampa del lenguaje: creemos que las palabras son ventanas transparentes a la realidad, cuando en realidad son filtros que seleccionan, organizan y distorsionan lo que vemos. Cuando un pastor hebreo del segundo milenio antes de nuestra era veía algo extraordinario en el cielo, no podía describirlo como "nave espacial" porque esa categoría no existía en su universo mental. Describía lo que veía con las palabras que tenía: "nube", "fuego", "carro", "rueda". Nosotros, al leer esas palabras, las traducimos a nuestras categorías modernas sin preguntarnos si la traducción es fiel.

Pero hay algo más profundo que la mera limitación lingüística. Los antiguos no concebían el mundo de la misma manera que nosotros. Para nosotros, el cielo es espacio exterior, vacío, distancia medida en años-luz. Para ellos, el cielo era un lugar poblado, un espacio donde habitaban seres, donde ocurrían eventos, donde se tomaban decisiones que afectaban a la tierra. No era una abstracción; era tan real como el desierto que pisaban.

Esta diferencia cosmológica es fundamental. Cuando leemos que "los cielos se abrieron", imaginamos una ruptura en una barrera física. Los antiguos imaginaban la revelación de un mundo que siempre estaba allí, invisible pero presente, separado de la tierra por una membrana que a veces se volvía transparente. No era ciencia ficción; era su forma de entender el universo.

El problema, por tanto, no es simplemente lingüístico. Es un problema de mundos. Nosotros vivimos en un mundo donde los milagros no ocurren, o donde si ocurren deben tener una explicación tecnológica. Ellos vivían en un mundo donde lo divino irrumpía constantemente, donde la frontera entre lo natural y lo sobrenatural era porosa, donde los sueños tenían tanta realidad como los eventos diurnos.

Cuando leemos sus textos con nuestras categorías, estamos traduciendo mal. Pero no podemos hacer otra cosa: nuestras categorías son las únicas que tenemos. El desafío es ser conscientes de la traducción, de sus límites, de sus inevitables distorsiones.

Consideremos un ejemplo. La primera edición de la Biblia Nácar-Colunga, de 1944, utilizaba la palabra "alienígenas" en el Salmo 144: "Líbrame de la mano de los alienígenas". La explicación es simple: en la Vulgata latina se lee "de manu filiorum alienigenarum", donde "alienígena" se usa en su primera acepción de "extranjero", no de "extraterrestre". Las traducciones modernas prefieren "extranjeros". Este caso ilustra cómo el lenguaje puede crear falsos paralelismos cuando no se considera el contexto histórico y filológico.

Pero el caso también plantea una pregunta más profunda: ¿cuántas otras palabras hemos malinterpretado porque las hemos leído con nuestros ojos modernos? ¿Cuántas "nubes" y "fuegos" y "carros" estamos viendo donde los antiguos veían otra cosa? ¿O cuántas

"nubes" y "fuegos" y "carros" son realmente descripciones de algo que nosotros, con nuestro lenguaje, llamaríamos de otra manera?

He pasado años intentando desaprender mis propias categorías para ver los textos como los vieron sus autores originales. No lo he logrado completamente —quizá sea imposible— pero he aprendido a reconocer dónde están los puntos ciegos. Los compartiré en este libro, no como un método infalible, sino como una advertencia para el lector.

CAPÍTULO 2 EL OBSERVADOR Y EL OBSERVADO

Uno de los conceptos más útiles que he encontrado en mi investigación es la distinción entre "fenómeno" e "interpretación". Un fenómeno es lo que ocurre —luz, sonido, movimiento, presencia. Una interpretación es lo que el observador hace con ese fenómeno —lo que significa, de dónde procede, qué implica.

Los textos bíblicos nos presentan siempre fenómenos interpretados. Nunca tenemos acceso al fenómeno "puro". La zarza arde, pero el texto ya nos dice que es una manifestación divina. La nube guía, pero el texto ya nos dice que es la presencia de Dios. El monte humea, pero el texto ya nos dice que Dios ha descendido sobre él.

Esta fusión entre fenómeno e interpretación es característica de los textos antiguos. No distinguían entre "lo que vi" y "lo que significó". La visión ya era significativa desde el momento en que ocurrió. No necesitaban preguntarse qué significaba porque el significado estaba integrado en la experiencia misma.

Para nosotros, esta fusión es problemática. Queremos separar el fenómeno de la interpretación para decidir cuál es "real". ¿Vio Moisés realmente un arbusto que ardía sin consumirse, o fue una visión interior que interpretó como un mensaje divino? ¿El pueblo vio realmente una columna de nube, o fue una tradición posterior que reinterpretó un fenómeno natural como guía divina?

Esta separación es nuestra, no de ellos. Y quizá sea una separación artificial. Tal vez el fenómeno y su interpretación estaban tan entrelazados en la experiencia antigua que separarlos es un acto de violencia que destruye precisamente lo que estamos tratando de entender.

He llegado a pensar que nuestra pregunta —"¿fue real?"— es una pregunta moderna que no se aplica a los textos antiguos. Para los autores bíblicos, lo real no se oponía a lo simbólico. Lo real podía ser simbólico, y lo simbólico podía ser real. Esta es una categoría que hemos perdido, y que debemos recuperar si queremos entender sus textos.

Imaginemos por un momento que estamos en el desierto, junto a un pastor midianita que ve un arbusto en llamas que no se consume. El pastor no se pregunta si es real. Para él, es real porque lo ve. Tampoco se pregunta si es simbólico. Para él, es simbólico porque habla de algo más allá de sí mismo. La pregunta —"¿real o simbólico?"— sencillamente no existe. Lo que existe es la experiencia total, que incluye tanto la percepción sensorial

como el significado espiritual.

Nuestra tarea no es imponer nuestra pregunta sobre su experiencia, sino intentar comprender su experiencia en sus propios términos. Y eso requiere un esfuerzo de imaginación histórica que va más allá de la erudición filológica.

Pero también debemos preguntarnos: ¿es posible que la experiencia que tuvieron fuera de tal naturaleza que ninguna interpretación —ni la teológica ni la tecnológica— pueda abarcarla completamente? ¿Y si la experiencia fuera tan extraña que las categorías de "real" y "simbólico" simplemente no se aplicaran?

Esta pregunta nos lleva al corazón del problema. Los antiguos profetas no tenían nuestro vocabulario. Pero nosotros tampoco tenemos el suyo. Estamos atrapados en un círculo de traducción, y quizá la mejor respuesta sea reconocer que no podemos salir de él.

CAPÍTULO 3 EL CIELO COMO LUGAR

Para entender los relatos bíblicos de fenómenos celestiales, necesitamos entender cómo concebían el cielo los antiguos israelitas. Y aquí encontramos una diferencia fundamental con nuestra cosmología moderna.

Para nosotros, el cielo es espacio. Vacío. Distancia. Para los antiguos, el cielo era un lugar. Un lugar poblado, habitado, donde ocurrían eventos. Los cielos tenían puertas, ventanas, fundamentos. Había aguas sobre el firmamento y aguas bajo la tierra. El cielo no era una abstracción; era tan real como el suelo que pisaban.

Esta concepción no era ingenua. Era el resultado de siglos de observación y reflexión cosmológica. Los antiguos veían el cielo como lo veían: un espacio donde se movían seres, donde se tomaban decisiones, donde se manifestaban poderes. No tenían telescopios ni satélites, pero tenían ojos, y sus ojos veían cosas en el cielo que nosotros, con toda nuestra tecnología, todavía no comprendemos del todo.

Los salmos describen los cielos como algo que se abre, que se rasga, que se inclina. "Inclinó los cielos y descendió", dice el Salmo 18. Esta imagen de un cielo que se inclina para permitir el descenso de lo divino es poética, pero también es cosmológica. Los cielos no son una barrera fija; pueden moverse, abrirse, cerrarse.

Isaías describe una visión del templo celestial. Ezequiel ve los cielos abiertos. Elías asciende en un torbellino. Estos no son meros símbolos; son descripciones de un universo concebido como un espacio con múltiples niveles, donde lo divino y lo humano se encuentran.

Esta cosmología tiene implicaciones para nuestra investigación. Si los cielos son un lugar, entonces lo que los profetas vieron en ellos no era necesariamente una ilusión o un símbolo. Era algo que realmente estaba allí, en el cielo, en ese espacio que ellos concebían como real.

Pero ¿qué era? ¿Seres celestiales? ¿Fenómenos atmosféricos? ¿Tecnología avanzada? La respuesta, como veremos a lo largo de este libro, depende de cómo leamos los textos y de qué supuestos traigamos a ellos.

Una pregunta que debemos formularnos es: ¿por qué la tradición israelita, que era profundamente monoteísta y desmitologizadora, conservó estas imágenes de un cielo poblado y de seres que descienden y ascienden? Si el monoteísmo implicaba la desmitologización del cielo, ¿por qué los profetas siguieron viendo carros, ruedas y seres alados?

La respuesta podría ser que estas experiencias eran demasiado poderosas para ser negadas. Los profetas no podían dejar de ver lo que veían. El cielo, para ellos, era un lugar donde ocurrían eventos, y esos eventos se convirtieron en el centro de su mensaje.

PARTE II

EL UNIVERSO QUE LOS ANCIANOS HABITABAN

CAPÍTULO 4 LOS CIELOS DE MESOPOTAMIA

Antes de adentrarnos en los relatos específicos de la tradición israelita, necesitamos comprender el mundo cultural en el que esos relatos se produjeron. El antiguo Cercano Oriente era un universo de dioses que descendían, mensajeros que viajaban entre el cielo y la tierra, y vehículos celestiales que surcaban el firmamento.

Los sumerios, que florecieron en Mesopotamia entre el cuarto y el segundo milenio antes de nuestra era, desarrollaron una concepción del cielo como un lugar físico habitado por seres divinos. Sus textos cuneiformes describen la morada celestial de los dioses como un lugar accesible, no como una abstracción espiritual. Los dioses se desplazaban en "barcos del cielo" o "pájaros celestiales", términos que han generado especulaciones modernas sobre posibles vehículos aéreos.

El poema de Enuma Elish describe la creación del cosmos a partir de una lucha primordial entre dioses. Los cielos son concebidos como capas superpuestas, cada una habitada por diferentes entidades. Marduk, tras su victoria sobre Tiamat, crea el firmamento y establece las constelaciones. Lo que resulta particularmente interesante es que estos relatos no distinguen entre fenómenos astronómicos naturales y actividad divina. Un eclipse es tanto un evento celeste como un mensaje de los dioses.

La astrología mesopotámica consideraba que los movimientos celestes eran señales enviadas por los dioses. Los sacerdotes-astrólogos observaban el cielo nocturno en busca de presagios, interpretando eclipses, alineaciones y movimientos planetarios como

mensajes divinos. Esta práctica, que para nosotros es una forma primitiva de astronomía, era para ellos una disciplina religiosa que integraba observación empírica con interpretación teológica.

Uno de los textos mesopotámicos que más ha fascinado a los investigadores de fenómenos anómalos es el relato de Etana, un rey que ascendió al cielo en un águila para obtener una planta que le daría descendencia. La historia describe el viaje a través de puertas celestiales, el ascenso progresivo, y la visión de la tierra desde las alturas. La tierra que "parece un montón de polvo", el océano que "se ve como una pequeña pecera".

Si un rey sumerio realmente hubiera ascendido a gran altura —en un vehículo, en una visión o en un sueño—, ¿cómo lo habría descrito? Con el lenguaje disponible: como un viaje en un águila, atravesando puertas celestiales. El fenómeno —la experiencia de ver la tierra desde una altura considerable— podría ser real incluso si su interpretación —el viaje en un águila— es simbólica.

Esta es una distinción que debemos mantener a lo largo de nuestra investigación: entre el fenómeno experimentado y la interpretación cultural que lo recubre. Etana pudo haber experimentado algo —¿un vuelo? ¿una visión? ¿un sueño?— y su cultura le proporcionó la categoría de "viaje en águila". Nosotros, al leer el relato, debemos preguntarnos tanto por la categoría como por la experiencia que intenta expresar.

Los antiguos israelitas heredaron esta concepción de un cielo poblado y accesible, pero la transformaron radicalmente. Para ellos, el cielo no era el hogar de múltiples dioses, sino la morada del único Dios. Los seres celestiales no eran divinidades rivales, sino mensajeros y servidores. Pero la estructura —un cielo habitado, accesible, donde ocurren eventos— permaneció.

Esta herencia cultural plantea una pregunta fascinante: cuando los profetas israelitas describieron carros celestiales y seres alados, ¿estaban utilizando el lenguaje de su cultura para describir algo real, o estaban creando poesía teológica? La respuesta, como veremos, no es sencilla.

CAPÍTULO 5 BAAL Y EL DIOS DE LA TORMENTA

La cultura cananea, vecina y rival de Israel, ofrece paralelismos particularmente importantes para nuestra investigación. Los textos de Ugarit describen una mitología donde el dios Baal, señor de la tormenta, se desplaza en las nubes y hace descender fuego y agua del cielo. El Ciclo de Baal describe al dios cabalgando sobre las nubes, lanzando rayos y haciendo temblar la tierra con su voz.

Lo interesante de estas descripciones es que no se presentan como metáforas. Para los cananeos, Baal realmente montaba las nubes; su voz era realmente el trueno; sus flechas eran realmente los rayos. La identificación entre fenómeno natural y actividad divina era completa.

La tradición israelita heredó esta concepción, pero con una diferencia crucial. El dios de Israel no se identifica con el fenómeno natural; se manifiesta a través de él. La nube es el vehículo de su presencia, pero no es su identidad. El trueno es el sonido de su voz, pero no es su esencia.

El salmo 18 describe la teofanía divina en términos que recuerdan a la mitología cananea: "Humo subía de su nariz, y de su boca fuego consumidor; carbones ardientes saltaban de ella. Inclinó los cielos y descendió; y tinieblas debajo de sus pies. Y cabalgó sobre un querubín y voló; voló sobre las alas del viento."

Estas imágenes —un dios que desciende del cielo en un querubín, que produce fuego, humo y estruendo— podrían leerse como la descripción de un fenómeno atmosférico excepcional. O, desde una perspectiva más especulativa, como la crónica de un evento tecnológico no comprendido.

Pero también podrían leerse como lo que son: poesía teológica que utiliza el lenguaje de la tormenta para hablar de la grandeza de Dios. La cuestión es si el autor del salmo estaba describiendo algo que realmente ocurrió, o si estaba utilizando un lenguaje poético convencional.

Un detalle que merece atención es el querubín. En la tradición israelita, los querubines son seres alados que custodian la presencia divina. El arca del pacto tenía querubines de oro sobre su cubierta. El templo de Salomón estaba decorado con querubines. Estos seres no eran meros adornos; eran representaciones de la corte celestial.

Pero ¿eran reales? ¿Existían realmente querubines, o eran símbolos? La tradición judía nunca resolvió esta cuestión. Los querubines eran reales en el sentido cultual —estaban presentes en el templo— pero su naturaleza seguía siendo misteriosa.

Esta ambigüedad es característica de la tradición bíblica. Los seres celestiales son reales y simbólicos al mismo tiempo. No se resuelve la tensión; se mantiene abierta.

CAPÍTULO 6 LOS VEHÍCULOS DE LOS DIOSES

La iconografía del dios que viaja en un carro o vehículo celestial no es exclusiva de Israel. Encontramos representaciones similares en Egipto, donde el dios sol navega en su barca a través del cielo; en Grecia, donde Helios conduce su carro de caballos; en la India, donde Indra cabalga sobre su carro celestial.

¿Qué significa esta universalidad? ¿Todos estos relatos comparten un origen común: el recuerdo de visitantes extraterrestres que fueron divinizados? ¿O todas las culturas humanas han utilizado la misma metáfora para expresar la relación entre lo divino y lo terrenal? ¿O hay ciertos fenómenos naturales —cometas, meteoros, rayos— que han sido interpretados de manera similar en diferentes culturas?

Mi propia investigación me ha llevado a una posición menos definitiva: la universalidad de la imagen sugiere que está arraigada en la psicología humana, en la forma en que los seres humanos perciben y conceptualizan lo extraordinario. Cuando algo aparece en el cielo que no puede explicarse, la mente humana tiende a interpretarlo como un vehículo, una barca, un carro, una nave. La metáfora varía según la cultura —los egipcios tenían barcas porque vivían junto al Nilo, los israelitas tenían carros porque eran un pueblo de la tierra— pero la estructura permanece.

Esta estructura cognitiva es lo que me interesa. No tanto si los antiguos vieron realmente vehículos extraterrestres, sino por qué su mente generó la categoría de "vehículo" para explicar lo que vieron. La respuesta podría ser que lo que vieron era realmente un vehículo de algún tipo. O podría ser que su mente, enfrentada a lo incomprensible, recurrió a la categoría más cercana disponible: la de un objeto que se mueve y transporta.

Hay una pregunta que rara vez se formula en este debate: si los antiguos hubieran visto realmente tecnología avanzada, ¿cómo la habrían descrito? La respuesta podría ser: exactamente como la describieron. Un carro con caballos de fuego sería una traducción perfecta de un vehículo aéreo para una cultura que no tenía concepto de motor.

Pero también hay otra pregunta: si los antiguos no vieron nada real, sino que crearon símbolos religiosos, ¿por qué esos símbolos son tan consistentes a través de culturas? La respuesta podría ser: porque la experiencia religiosa tiene una estructura universal que se expresa en símbolos similares.

Ambas preguntas son legítimas. Ambas tienen respuestas posibles. Ninguna es definitiva.

PARTE III

EL DESIERTO Y EL FUEGO

CAPÍTULO 7 LA ZARZA ARDIENTE

Comencemos con el relato más famoso de todo el Antiguo Testamento: la zarza ardiente.

Moisés, apacentando el rebaño de su suegro en el desierto de Madián, se acerca al monte Horeb. Allí ve un arbusto que arde sin consumirse. Se acerca para observar el fenómeno. Una voz emerge del fuego: "No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa."

El texto enfatiza la extrañeza del fenómeno: el fuego no consume el arbusto. Esto contradice toda la experiencia conocida de Moisés y de sus lectores. La pregunta que surge es inevitable: ¿qué tipo de fuego no consume su combustible?

La teología tradicional responde: no es un fuego ordinario, sino una manifestación de la presencia divina. El fuego es un símbolo de la santidad de Dios, una luz que ilumina sin destruir. La interpretación es coherente con la teología bíblica: Dios se manifiesta en fuego, pero su presencia no aniquila; transforma.

Pero consideremos otras posibilidades.

¿Podría ser un fenómeno lumínico autosostenido, una descarga de energía localizada que la cultura de Moisés interpretó como fuego? En la historia reciente, ha habido informes de "bolas de fuego" que se mantienen en el aire sin consumir su entorno, de fenómenos lumínicos que desafían la explicación convencional.

¿Podría ser una experiencia visionaria, una percepción interior que Moisés interpretó como un evento exterior? El desierto es un entorno extremo. La soledad, el hambre, la sed, el cansancio, la exposición al sol pueden producir estados alterados de conciencia. Moisés pudo haber tenido una experiencia visionaria que interpretó como un evento físico.

¿Podría ser tecnología avanzada que Moisés no pudo identificar? El "fuego" sería un sistema de iluminación o propulsión; la "voz" sería un sistema de comunicación; la "tierra santa" sería una zona de peligro (radiación, campos eléctricos, etc.) que los operadores del objeto querían mantener a distancia.

¿Podría ser un incendio accidental que fue reinterpretado por la tradición posterior como una teofanía? El relato de la zarza ardiente serviría para legitimar la misión de Moisés: solo alguien que ha visto a Dios puede guiar a Israel.

¿Podría ser una tradición oral que, durante siglos de transmisión, transformó un evento completamente diferente en el relato que conocemos? La transmisión oral no conserva los eventos intactos, sino que los adapta. El evento original podría haber sido completamente diferente.

Cada una de estas posibilidades tiene algo a su favor. Cada una tropieza con dificultades.

Hay un detalle en el relato que rara vez recibe atención: Moisés, después de escuchar la voz, pregunta: "¿Quién soy yo para que vaya a Faraón?" Es una pregunta de identidad, no de fenomenología. Moisés no pregunta: "¿Qué era ese fuego?" Pregunta: "¿Quién soy yo?"

Este detalle sugiere que el relato no se preocupa por el fenómeno en sí, sino por su significado teológico y político. El fuego es un medio para llegar a la pregunta fundamental: ¿quién es el que habla? ¿Quién es el que envía? La fenomenología está subordinada a la teología.

Esto no significa que el fenómeno sea ficticio, sino que la tradición que lo transmitió lo entendía como un vehículo para un mensaje, no como un fin en sí mismo. El fuego era importante porque servía para introducir a Dios, no porque fuera interesante en sí mismo.

Pero también podría significar que la tradición había perdido el recuerdo del fenómeno original y solo conservaba su significado teológico. El fuego, para los transmisores del

relato, ya no era un objeto de investigación; era un símbolo.

CAPÍTULO 8 EL FUEGO QUE NO CONSUME

La frase "fuego que no consume" es una anomalía. El fuego, por definición, consume. Es su naturaleza. Un fuego que no consume es un fuego que no es fuego, o que es fuego pero también algo más.

Los antiguos no tenían el concepto de "plasma" o de "energía". Para ellos, el fuego era fuego: calor, luz, combustión. Si veían algo que parecía fuego pero no se comportaba como fuego, no tenían categoría para ello. Lo describían como fuego, pero añadían la nota de su extrañeza: no consumía.

Esta descripción negativa —lo que el fuego no hacía— es notable. Los autores del texto no dicen qué era el fenómeno. Dicen lo que no era. Era fuego, pero no era fuego. Era algo que se parecía al fuego pero no se comportaba como tal.

Esta negatividad es una de las características más interesantes de los relatos bíblicos de fenómenos extraordinarios. Los autores no pueden describir lo que ven, así que describen lo que no ven. El fenómeno es definido por sus límites, por sus excepciones, por sus anomalías.

¿Qué tipo de realidad podría ser descrita de esta manera? Podría ser una manifestación de lo divino, que es por definición más allá de las categorías humanas. Podría ser un fenómeno físico que no encaja en las categorías disponibles. Podría ser una tecnología avanzada que desafía la comprensión. Podría ser un símbolo que apunta a algo más allá de sí mismo.

El texto no nos dice. Nos deja con la anomalía, con la pregunta abierta. El fuego arde, pero no consume. No sabemos qué es. Solo sabemos que es.

Esta ambigüedad es, quizá, la característica más valiosa del relato. No nos da una respuesta. Nos da una pregunta. Y nos invita a formular nuestras propias hipótesis.

CAPÍTULO 9 LA COLUMNA QUE GUÍA

El Éxodo describe la presencia divina guiando a Israel en su peregrinación: una columna de nube durante el día y una columna de fuego durante la noche. La descripción es notablemente precisa: la columna se mueve, se detiene, guía al pueblo, y está asociada con la presencia divina. Cuando la nube se alza, el pueblo se pone en marcha; cuando se detiene, el pueblo acampa.

El texto de Éxodo 13:21-22 describe: "Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego."

Lo que más llama la atención en esta descripción es la constancia del fenómeno. No es un evento esporádico, sino una presencia permanente. La columna siempre está allí, siempre guiando. Esto sugiere una fuente controlada, no un fenómeno natural.

Pero ¿qué tipo de fuente? ¿Una nube ordinaria interpretada como guía divina? ¿Un fuego de campamento teologizado? ¿Un fenómeno atmosférico excepcional, como un tornado de polvo o una columna de humo? ¿Un vehículo aéreo? ¿Un símbolo litúrgico?

Cada posibilidad tiene algo a su favor. Una nube que se mueve en determinada dirección podría haber sido vista como una señal para el campamento. Pero la transformación de la nube en fuego durante la noche es difícil de explicar como fenómeno meteorológico.

El fuego de campamento es siempre visible en la vida nómada, pero el texto enfatiza que era una "columna", no un fuego ordinario. La forma columnar parece deliberada.

Un tornado de polvo podría tener forma columnar y moverse en una dirección. Pero la guía constante, el movimiento controlado, es difícil de explicar.

Un vehículo aéreo podría producir nube durante el día y fuego durante la noche. La constancia y el control serían consistentes con esta hipótesis. Pero el texto no describe un objeto, sino una columna.

Un símbolo litúrgico —una antorcha o un brasero elevado sobre el campamento— podría haber sido reinterpretado como un evento histórico. Pero el texto lo presenta como un evento real, no como un símbolo.

Hay un detalle en el relato que resulta especialmente difícil de explicar: la columna se mueve no solo hacia adelante, sino que se detiene y retrocede en momentos específicos.

Éxodo 14:19-20 describe: "Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba detrás de ellos; y la columna de nube que iba delante de ellos, se apartó y se puso detrás de ellos. Y venía entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para unos, y alumbraba la noche para los otros."

Este movimiento deliberado —adelante, atrás, entre dos campamentos— sugiere un control consciente. No es un fenómeno natural pasivo. Es una presencia que actúa, que se posiciona, que establece una barrera. Este detalle favorece las hipótesis que suponen una inteligencia detrás del fenómeno. Pero no nos dice qué tipo de inteligencia.

¿Qué tipo de fenómeno podría moverse con precisión entre dos campamentos, proporcionando luz a uno y oscuridad a otro? ¿Un fenómeno atmosférico? ¿Un vehículo con sistemas de iluminación y camuflaje? ¿Una manifestación divina que actúa como protectora de su pueblo?

El texto no nos dice. Nos deja con el misterio de una presencia que guía, protege, se posiciona. Una presencia que es luz para unos y oscuridad para otros.

CAPÍTULO 10 EL EXPERIMENTO MENTAL DEL OBSERVADOR

Imaginemos por un momento que estamos en el desierto del Sinaí, en el segundo milenio antes de nuestra era. Somos un pastor nómada, educado en la tradición oral de nuestro pueblo, acostumbrado a interpretar el mundo en términos de dioses, mensajeros celestiales y manifestaciones divinas. Nuestra cultura no tiene conceptos como "tecnología", "nave espacial" o "fenómeno aéreo no identificado".

Ahora imaginemos que vemos algo extraordinario: una luz intensa que se mantiene en el aire durante horas, moviéndose en direcciones que no siguen el viento, cambiando de intensidad en patrones que no parecen aleatorios. ¿Cómo describiríamos lo que vemos?

Primero, con las palabras que tenemos: "fuego", "nube", "columna". Luego, con las interpretaciones que nuestra cultura nos proporciona: "presencia divina", "mensajero celestial", "manifestación de Dios". El fenómeno y la interpretación se fusionan en nuestra experiencia. No podemos separarlos porque no tenemos categorías para hacerlo.

Ahora invirtamos el experimento. Imaginemos que un fenómeno puramente religioso —digamos, una experiencia mística de unión con Dios— es experimentado por un piloto moderno entrenado en el análisis técnico de fenómenos aéreos. ¿Cómo lo describiría? Como una alucinación, una alteración de su percepción, un evento neurológico. Las categorías disponibles —"tecnología", "fenómeno aéreo", "avistamiento"— filtrarían la experiencia y la transformarían en algo que no es.

La misma experiencia, observada por dos personas en dos culturas diferentes, produce dos relatos completamente diferentes. El relato no es la experiencia; es la experiencia filtrada a través del lenguaje y las categorías culturales.

Este experimento mental nos ayuda a entender por qué los textos bíblicos presentan una fusión tan completa entre el fenómeno y su interpretación teológica. No es que los autores no pudieran distinguir entre lo que vieron y lo que significó; es que para ellos, la distinción no era importante.

Pero también nos ayuda a entender por qué nosotros, al leer estos textos, vemos cosas que los autores no podían ver. Estamos filtrando la experiencia a través de nuestras propias categorías culturales. Y nuestras categorías incluyen términos como "tecnología", "nave espacial", "extraterrestre", que para los antiguos eran tan ajenos como lo divino lo es para nosotros.

El problema no es que una interpretación sea correcta y la otra incorrecta. El problema es que ambas interpretaciones son filtros que seleccionan ciertos aspectos de la realidad y excluyen otros. La experiencia original, si es que podemos llamarla así, está siempre más allá de nuestros

filtros.

PARTE IV

EL MONTE QUE HUMEABA

CAPÍTULO 11 SINAÍ: LA MONTAÑA DEL ENCUENTRO

El episodio del Sinaí, en Éxodo 19-20, es quizás el relato más impactante de todo el Antiguo Testamento. El monte humea, truena, relampaguea, y el sonido de una trompeta se hace cada vez más fuerte. El pueblo tiembla, Moisés sube al monte, y la presencia divina se manifiesta en medio de fuego y nube.

La descripción es extraordinaria: "Y todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera" (Éxodo 19:18).

La escena tiene todos los elementos que nuestra investigación considera relevantes: fuego, humo, sonido intenso, temblor, una entidad que comunica desde el centro del fenómeno. Y una prohibición: nadie debe acercarse al monte bajo pena de muerte.

¿Qué tipo de fenómeno podría producir una experiencia como esta?

Un volcán en erupción produce humo, fuego, temblor y sonido. La prohibición de acercarse sería la precaución natural ante un fenómeno peligroso. Pero los volcanes no producen voces audibles y no dictan leyes.

Una tormenta eléctrica violenta produce rayos, truenos y lluvia intensa. El monte humeando sería el efecto de los rayos que incendian la vegetación. El temblor sería el trueno, no un terremoto. Pero las tormentas no producen una voz que comunica instrucciones precisas.

Un terremoto produce temblor. El fuego y el humo serían fenómenos secundarios: incendios provocados por el movimiento de la tierra. Pero los terremotos no producen humo ni fuego ni voces.

Una experiencia ritual —una teofanía cultual— podría incluir humo, fuego y sonido como elementos litúrgicos. La prohibición de acercarse sería una regla de pureza cultual. Pero el texto presenta el evento como histórico, no como ritual.

Un objeto tecnológico —una aeronave o dispositivo— podría producir fuego, humo, sonido y temblor. La prohibición de acercarse reflejaría el peligro de aproximarse a tecnología avanzada. La voz sería un sistema de comunicación. Pero el texto no describe un objeto, sino una montaña que humea.

Una experiencia visionaria colectiva podría producir percepciones distorsionadas: truenos que parecen una voz, nubes que parecen columnas, fuego que parece una presencia. La psicología de la multitud podría explicar el fenómeno. Pero el texto insiste en la realidad física del evento.

Un símbolo teológico podría utilizar el lenguaje de las teofanías antiguas para comunicar la grandeza de Dios. El fuego, el humo, el trueno y el temblor serían símbolos de la majestad divina, no descripciones literales. Pero el texto es excesivamente concreto para ser mero simbolismo.

Una tradición mnemónica podría conservar el recuerdo de un evento fundacional, pero el evento original pudo haber sido muy diferente de la descripción final. El recuerdo, transformado por generaciones de transmisión oral, adquirió las características del relato que conocemos.

Cada una de estas posibilidades es plausible. Ninguna es definitiva. El texto nos deja con la pregunta abierta.

CAPÍTULO 12 LA VOZ EN EL TRUENO

El sonido es central en el relato del Sinaí. El texto describe el sonido de una trompeta que se hace cada vez más fuerte, y la voz de Dios que responde a Moisés. "Y el sonido de la trompeta era cada vez más fuerte en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz" (Éxodo 19:19).

Un fenómeno natural —un volcán, una tormenta, un terremoto— produce sonidos que varían, pero no necesariamente que se intensifican gradualmente. El "sonido de trompeta" que crece en intensidad sugiere un fenómeno controlado, no un evento natural espontáneo.

¿Qué tipo de fenómeno podría producir un sonido que se intensifica gradualmente como una trompeta? Podría ser un sistema de comunicación que se activa progresivamente. Podría ser un motor que se acelera. Podría ser un fenómeno atmosférico que se acerca y se hace más intenso. Podría ser la descripción de una experiencia auditiva que se intensifica en la percepción del testigo.

La tradición rabínica interpreta que la voz de Dios en el Sinaí fue un evento único que transcendía las leyes de la acústica. Algunos midrashim sugieren que la voz divina se dividió en setenta voces, cada una en un idioma diferente, para que todas las naciones pudieran entenderla.

Esta interpretación reconoce la extrañeza de la comunicación divina. Pero también es una interpretación teológica que no nos ayuda a entender el fenómeno físico.

Lo que sí nos ayuda a entender es la distinción entre "sonido" y "voz". El texto distingue entre el sonido de la trompeta (un fenómeno físico) y la voz que responde a Moisés (un

fenómeno comunicativo). Esta distinción sugiere que el autor del texto reconocía diferentes tipos de fenómenos acústicos.

¿Qué tipo de fenómeno podría producir una voz audible desde el centro de un fenómeno de fuego y humo? Si el Sinaí fue un evento natural —una tormenta o un volcán— ¿cómo podría una voz ser audible desde el centro del fenómeno? Si fue un evento tecnológico, ¿qué tipo de sistema de comunicación podría producir una voz audible? Si fue un evento visionario, ¿qué relación tenía la voz con el mundo exterior?

El texto no responde estas preguntas. Las deja abiertas. La voz en el trueno es un misterio que no se resuelve.

CAPÍTULO 13 LA FRONTERA

Uno de los elementos más interesantes del relato del Sinaí es la frontera: el pueblo no puede pasar más allá de ciertos límites. "Mojonearás al pueblo alrededor, diciendo: Guardaos de no subir al monte, ni tocar su borde; cualquiera que tocare el monte, de cierto morirá" (Éxodo 19:12).

La frontera es física, pero también simbólica. Físicamente, el pueblo no puede acercarse al lugar donde Dios se manifiesta. Simbólicamente, la humanidad no puede acceder directamente a lo divino; se necesita un mediador, Moisés, que sube al monte donde el pueblo no puede.

¿Qué tipo de fenómeno requeriría una frontera? Un fenómeno natural peligroso —un volcán, una tormenta— requeriría que la gente se mantuviera a distancia. Un fenómeno tecnológico —una aeronave, un dispositivo— podría tener zonas de peligro. Una manifestación divina —una teofanía— requeriría pureza ritual.

La frontera podría ser real —una zona físicamente peligrosa— o simbólica —una regla de pureza ritual. Si era real, podríamos estar ante un fenómeno físico que producía efectos peligrosos. Si era simbólica, estaríamos ante una construcción teológica que utiliza el lenguaje de la seguridad para enseñar una lección espiritual.

¿Qué tipo de peligro podría producir una zona de exclusión? Radiación, campos electromagnéticos, calor intenso, presión, sonido. Cualquiera de estos podría explicar la prohibición de acercarse.

Pero también podríamos estar ante un peligro teológico: la santidad de Dios es tal que el contacto con ella destruye a quien no está preparado. La muerte sería el resultado de la transgresión de una prohibición sagrada.

El texto no nos dice qué tipo de frontera era. Nos dice que existía, que era peligrosa, y que solo Moisés podía cruzarla. El misterio permanece.

PARTE V

EL CARRO DE EZEQUIEL

CAPÍTULO 14 LA VISIÓN QUE NO ENCAJA

La visión de Ezequiel, en el primer capítulo de su libro, es el pasaje bíblico que más ha fascinado a los buscadores de fenómenos tecnológicos en las Escrituras. El profeta, exiliado en Babilonia junto al río Quebar, describe una visión extraordinaria: un viento huracanado del norte, una gran nube con fuego envolvente, y cuatro seres vivientes con forma humana, cada uno con cuatro caras y cuatro alas.

Junto a estos seres, una descripción que ha generado innumerables interpretaciones: "Y miré las ruedas, y he aquí que las ruedas estaban en el suelo junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era como el de un crisólito; las cuatro tenían una misma semejanza, y su aspecto y su obra era como si una rueda estuviera en medio de otra rueda" (Ezequiel 1:15-16).

La visión continúa describiendo ruedas que se movían en todas direcciones sin girar, llenas de ojos alrededor, y un espíritu que las guiaba. Sobre las cabezas de los seres, un firmamento semejante a cristal; sobre el firmamento, un trono; y sobre el trono, una figura con apariencia humana rodeada de resplandor.

Lo que hace que la visión de Ezequiel sea tan fascinante —y tan difícil de interpretar— es su combinación de elementos aparentemente contradictorios.

Por un lado, hay descripciones muy precisas: números, formas, colores, movimientos. Ezequiel se esfuerza por dar detalles concretos, como si estuviera describiendo algo que realmente vio.

Por otro lado, los números y las formas tienen claras connotaciones simbólicas. El cuatro representa la totalidad, los puntos cardinales, la creación entera. El círculo de las ruedas representa la eternidad, la perfección. El trono representa el gobierno divino.

Por otro lado, los objetos descritos no se parecen a nada conocido en la experiencia ordinaria. Las ruedas dentro de ruedas, moviéndose en todas direcciones sin girar, no tienen paralelo en el mundo antiguo.

Y por otro lado, Ezequiel utiliza constantemente comparaciones ("como", "semejante a", "parecía"), indicando que no encuentra palabras precisas para describir lo que ve. Está haciendo un esfuerzo de traducción entre lo que ve y el lenguaje de su tiempo.

Esta combinación sugiere que Ezequiel está describiendo algo que no puede describir completamente. Pero ¿qué tipo de cosa? ¿Una visión mística de la gloria de Dios? ¿Un objeto físico real? ¿Una experiencia visionaria sobre una base física? ¿Una tradición transformada? ¿Una construcción literaria?

Cada posibilidad tiene algo a su favor. Cada una tropieza con dificultades.

Si la visión es mística, ¿por qué tanta concreción en los detalles? Si es un objeto físico, ¿por qué tanta coherencia simbólica? Si es una experiencia visionaria sobre una base física, ¿cómo distinguir entre el fenómeno y la visión? Si es una tradición transformada, ¿cómo saber qué conserva del evento original? Si es una construcción literaria, ¿por qué el testimonio del profeta suena tan personal y angustiado?

Ezequiel nos ha dejado un texto que resiste cualquier interpretación única. Nos ha dejado una pregunta que no podemos responder.

CAPÍTULO 15 EL VIENTO DEL NORTE

La visión de Ezequiel comienza con un viento huracanado que viene del norte. "Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, endereza tu rostro hacia el norte, y profetiza contra él... Y miré, y he aquí que un viento huracanado venía del norte, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de ella un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como de bronce refulgente" (Ezequiel 1:4).

El norte es una dirección con significados múltiples en la tradición bíblica. En el libro de Jeremías, el norte es la dirección desde la que viene el juicio de Dios. En la mitología cananea, el norte es la montaña de los dioses, el lugar de la asamblea celestial. En la geografía de Israel, el norte es la dirección de Babilonia, el imperio que había destruido Jerusalén.

¿Por qué el norte? ¿Es una elección teológica —el juicio viene del norte— o una descripción de un fenómeno real —el viento venía del norte—? ¿O ambas?

Ezequiel está en el exilio en Babilonia, al este de Israel. El norte, para él, es la dirección de donde vienen las tormentas en Mesopotamia. Un viento del norte no es inusual en esa región.

Pero también es la dirección de donde viene el juicio divino. Babilonia, el imperio conquistador, está al este, pero el viento que trae la tormenta viene del norte. La naturaleza y la teología se fusionan en la descripción.

¿Qué tipo de fenómeno produciría un viento huracanado del norte? Una tormenta, un ciclón, un fenómeno atmosférico intenso. Pero el viento es solo el comienzo. Luego viene la nube, el fuego, el resplandor. El viento es el preludio, no el fenómeno principal.

El viento del norte es también la dirección de donde vienen los seres celestiales en algunas tradiciones. La montaña de los dioses está en el norte. Ezequiel, al ver un fenómeno que viene del norte, está viendo algo que viene del lugar de los dioses.

Pero ¿es una tradición teológica o una descripción de un fenómeno real? ¿O es una fusión de ambas? El texto no nos dice. Nos deja con el misterio de un viento que viene del

norte, trayendo consigo algo que no puede ser descrito.

CAPÍTULO 16 LAS RUEDAS

Las ruedas son el elemento más extraño de la visión de Ezequiel. "Y miré las ruedas, y he aquí que las ruedas estaban en el suelo junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su obra era como el de un crisólito; las cuatro tenían una misma semejanza, y su aspecto y su obra era como si una rueda estuviera en medio de otra rueda" (Ezequiel 1:15-16).

La descripción es tan concreta que parece la de un objeto real. Pero el objeto descrito no existe en el mundo conocido. Ruedas dentro de ruedas, moviéndose en todas direcciones sin girar. ¿Qué es esto?

Los intérpretes teológicos han visto en las ruedas la representación de la omnipresencia de Dios. El movimiento en todas direcciones sin girar simboliza que Dios está presente en todas partes y no está limitado por las leyes de la física.

Los intérpretes tecnológicos han visto en las ruedas la descripción de un sistema de propulsión o de movimiento multidireccional. Un objeto que puede moverse en cualquier dirección sin girar tendría un sistema de propulsión avanzado.

Los intérpretes visionarios han visto en las ruedas un símbolo de la complejidad y el misterio de la realidad divina. Las ruedas representan la imposibilidad de comprender completamente a Dios.

Los intérpretes literarios han visto en las ruedas una construcción poética que utiliza el lenguaje de la técnica para hablar de la grandeza divina.

¿Cuál es la interpretación correcta? No lo sabemos. El texto no nos dice. Nos da una descripción que no encaja en ninguna categoría conocida.

Hay un detalle en la descripción de las ruedas que merece atención: "tenían una misma semejanza". Las cuatro ruedas son iguales. No hay diferencia entre ellas. Esta uniformidad sugiere un diseño estandarizado, no un fenómeno natural.

Otro detalle: "las cuatro tenían una misma semejanza". La repetición enfatiza la uniformidad. Ezequiel insiste en que las ruedas eran iguales. Esto podría ser la descripción de un objeto fabricado, no de un fenómeno natural.

Pero también podría ser la descripción de un símbolo: la unidad de la creación, la uniformidad del poder divino.

El texto no nos dice. Nos deja con la pregunta.

CAPÍTULO 17

LOS OJOS

Las ruedas están "llenas de ojos alrededor" (Ezequiel 1:18). Los ojos son uno de los elementos más extraños y más significativos de la visión.

¿Qué son estos ojos? ¿Sensores? ¿Ventanas? ¿Símbolos de la omnisciencia divina? ¿Un elemento decorativo? ¿Un fenómeno físico?

La tradición teológica ha interpretado los ojos como la representación de la omnisciencia de Dios. Nada escapa a su mirada; todo está expuesto ante él. Los ojos en las ruedas significan que Dios ve todo, que su conocimiento es completo.

La tradición tecnológica ha interpretado los ojos como sensores o sistemas de observación. Los ojos alrededor de las ruedas serían una descripción simbólica de un sistema de sensores que permiten al objeto "ver" en todas direcciones.

¿Cuál es la interpretación correcta? El texto no nos dice. Los ojos son un detalle que no encaja en ninguna explicación sencilla.

Pero hay algo más que los ojos. Ezequiel 1:20-21 dice: "Y el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas... Porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas." Esta afirmación —que el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas— es extraordinaria.

Significa que los seres y las ruedas están conectados, que comparten la misma fuerza vital, que se mueven juntos. Es la descripción de un sistema integrado, no de elementos separados.

¿Qué tipo de realidad podría tener un sistema integrado donde los seres y las ruedas comparten el mismo espíritu? Podría ser un vehículo con un sistema de control centralizado. Podría ser un símbolo de la unidad de la creación. Podría ser una experiencia visionaria donde todas las partes están conectadas.

El texto no nos dice. Nos deja con el misterio de un sistema donde espíritu y ruedas, seres y movimiento, están unidos.

CAPÍTULO 18 EL FIRMAMENTO Y EL TRONO

Sobre las cabezas de los seres hay un firmamento semejante a cristal. "Y sobre las cabezas de los seres vivientes había una extensión como de cristal, terrible, extendido sobre sus cabezas por encima" (Ezequiel 1:22).

El firmamento es la separación entre los seres y el trono. Es una barrera, una transparencia, un límite. Los seres están debajo; el trono está encima.

¿Qué es este firmamento? ¿Una cúpula? ¿Un techo? ¿Un cielo? ¿Un símbolo de la separación entre lo divino y lo humano?

La tradición teológica ha visto en el firmamento la representación de la distancia entre Dios y la creación. Los seres están en la creación; el trono está en el cielo.

La tradición tecnológica ha visto en el firmamento la descripción de una cúpula o bóveda transparente, quizás un techo o una cubierta de un vehículo.

Sobre el firmamento hay un trono, y sobre el trono una figura con apariencia humana. "Y sobre la extensión que estaba sobre sus cabezas, la cual tenía la apariencia de un zafiro, había una figura como de trono, y sobre la figura del trono había una figura semejante a un hombre sentado sobre él" (Ezequiel 1:26).

El trono representa el gobierno divino. La figura con apariencia humana es la manifestación de la gloria de Dios. Pero la figura no tiene forma definida; es un resplandor, un brillo, un fuego.

"Y vi como la apariencia de bronce refulgente, como apariencia de fuego, todo alrededor. Y desde la apariencia de sus lomos hacia arriba, y desde la apariencia de sus lomos hacia abajo, vi como la apariencia de fuego, y resplandor alrededor" (Ezequiel 1:27).

La figura es fuego y resplandor. No es una figura humana definida; es una manifestación de luz. Ezequiel no puede describir su forma porque no tiene forma. Es luz, fuego, resplandor.

Esta descripción final es la más misteriosa de todas. La figura en el trono no es una figura; es luz. No tiene forma; es resplandor. No es un objeto; es presencia.

Ezequiel ha llegado al centro de su visión, y lo que encuentra es fuego. No un ser, no un objeto, no una nave. Fuego. Resplandor. Luz.

¿Qué es esta luz? ¿Es la presencia divina? ¿Es un fenómeno físico? ¿Es un símbolo de la gloria de Dios? ¿Es la manifestación de una inteligencia que no puede ser descrita?

El texto no nos dice. Nos deja con el misterio de una luz que no tiene forma pero que está sentada en un trono. Nos deja con la pregunta abierta.

PARTE VI

EL CARRO DE ELÍAS

CAPÍTULO 19 EL ÚLTIMO VIAJE

El relato de la ascensión de Elías es otro de los pasajes más citados por quienes ven en la Biblia evidencia de fenómenos tecnológicos. El texto describe cómo "un carro de fuego con caballos de fuego" separó a Elías de Eliseo, y el profeta "subió al cielo en un torbellino" (2 Reyes 2:11).

La escena ha sido interpretada de diversas maneras. Un rapto o abducción, con el carro de fuego representando un vehículo aéreo. Una visión, con el carro simbolizando la transición de Elías a la presencia divina. Una tradición teológica, con el carro representando el poder celestial.

El carro de fuego no es un elemento nuevo en la tradición bíblica. Los salmos describen a Dios cabalgando sobre querubines. Isaías tiene una visión de Dios en un trono alto. Ezequiel ve un carro celestial. La imagen del carro divino está presente en toda la tradición profética.

Elías, al final de su ministerio, es llevado al cielo en un carro. No es el primer carro, sino el último. Su ascensión marca el fin de una era y el comienzo de otra. Eliseo, su discípulo, hereda su espíritu y continúa su ministerio.

Esta función narrativa —la sucesión profética— es clave para entender el relato. El carro de fuego no es simplemente un vehículo; es el símbolo de la transmisión del poder profético.

Pero ¿es solo un símbolo? ¿O el carro de fuego fue real? ¿O fue real e interpretado como símbolo?

El texto describe el carro de fuego y los caballos de fuego como reales. Eliseo los ve, los escucha, los experimenta. No es una visión; es un evento.

Pero el evento es narrado por Eliseo, no por testigos múltiples. Solo Elías y Eliseo presenciaron la ascensión. No hubo una multitud, no hubo una comunidad de testigos. El evento fue privado, personal.

Esto no significa que el evento fuera menos real, pero sí que su testimonio es único. No tenemos forma de verificar lo que Eliseo vio.

¿Qué tipo de fenómeno produce un carro de fuego con caballos? ¿Un carro literal envuelto en llamas? ¿Un objeto que parecía un carro pero no lo era? ¿Una visión o sueño? ¿Un símbolo teológico?

El texto no nos dice. Nos deja con la pregunta.

CAPÍTULO 20 EL TORBELLINO

Elías "subió al cielo en un torbellino" (2 Reyes 2:11). El torbellino es el medio de su ascenso. Es el vehículo, el transporte, el método.

¿Qué es el torbellino? ¿Un fenómeno atmosférico? ¿Un viento violento? ¿Un efecto visual de un vehículo que despega? ¿Un símbolo de la presencia divina?

En la tradición bíblica, el torbellino está asociado con la manifestación divina. Dios habla a Job desde el torbellino. El torbellino es un vehículo de la presencia divina.

Pero también es un fenómeno físico real. Los torbellinos existen en el desierto. Son vientos violentos que levantan polvo y arena.

¿El torbellino de Elías fue un fenómeno natural o un vehículo divino? ¿O fue una fusión de ambos: un fenómeno natural que fue interpretado como vehículo divino?

El texto no nos dice. Nos deja con el misterio de un torbellino que lleva a un profeta al cielo.

PARTE VII

LOS MENSAJEROS

CAPÍTULO 21 ÁNGELES Y PRESENCIAS

La palabra hebrea mal'ak y su equivalente griego angelos significan simplemente "mensajero". Los ángeles en la Biblia son, en primer lugar, mensajeros que comunican la voluntad divina. Su función es transmitir información, no ser el centro de la revelación.

Pero los ángeles también son entidades que aparecen, que se manifiestan, que a veces tienen forma humana y a veces formas extrañas. En el Antiguo Testamento, los ángeles son descritos como seres que pueden parecer humanos, pero también pueden tener alas, múltiples caras, formas de fuego.

¿Qué eran realmente los ángeles?

Seres espirituales que existen en una dimensión diferente a la nuestra. Seres físicos de otro mundo que fueron interpretados como seres espirituales. Mensajeros divinos que tomaron forma humana. Visones que fueron interpretadas como encuentros reales. Símbolos de la presencia divina. Manifestaciones de una inteligencia desconocida.

Cada posibilidad tiene algo a su favor. Cada una tropieza con dificultades.

Un detalle interesante en los relatos de apariciones angélicas es la insistencia en que los ángeles no comen como los humanos. En el libro de Jueces, un ángel se niega a comer el alimento que se le ofrece. En la tradición rabínica, esta es una de las características que distinguen a los ángeles de los humanos.

Este detalle podría ser significativo. Si los ángeles fueran seres espirituales, no necesitarían comer. Si fueran seres físicos de otro mundo, podrían tener necesidades nutricionales diferentes. El detalle no nos dice qué tipo de seres eran, pero sugiere que eran diferentes.

En contraste, muchos relatos angélicos enfatizan que los ángeles parecen humanos. Los visitantes que recibe Abraham en Mambré son descritos como hombres, aunque después se revelan como mensajeros divinos. Los ángeles que visitan a Lot en Sodoma también parecen humanos.

Esta ambigüedad —los ángeles parecen humanos pero no lo son— es característica de la tradición bíblica. Los ángeles se presentan en forma humana, pero su comportamiento, su conocimiento o su desaparición revelan que no son humanos.

¿Por qué esta ambigüedad? ¿Es porque los ángeles realmente se parecían a humanos? ¿Es porque la tradición quería enfatizar que los mensajeros divinos podían confundirse con humanos? ¿Es porque los encuentros con ángeles eran experiencias que trascendían las categorías normales?

El texto no nos dice. Nos deja con la pregunta.

CAPÍTULO 22 EL ÁNGEL DEL SEÑOR

Una figura especialmente interesante es el "ángel del Señor" que aparece en varios textos del Antiguo Testamento. Esta figura es a veces identificada con Dios mismo, y a veces distinguida de él. Habla como Dios, pero también es enviado por Dios.

La tradición cristiana interpretó esta figura como una prefiguración de Cristo. La tradición judía la interpretó como una manifestación de la Shekinah (presencia divina). Pero desde nuestra perspectiva, el ángel del Señor es una figura que desafía la categorización: es Dios y no lo es, es un mensajero y es el mensaje.

En el libro de Jueces, el ángel del Señor se aparece a Gedeón y habla como Dios. En el Génesis, el ángel del Señor habla a Agar y le promete descendencia. En el Éxodo, el ángel del Señor guía a Israel en el desierto.

Esta ambigüedad es fascinante porque sugiere que los autores bíblicos estaban describiendo algo que no podían categorizar completamente. El ángel del Señor era una presencia que se manifestaba, que hablaba, que actuaba, y que era, de alguna manera, la presencia misma de Dios.

¿Qué era esta presencia? ¿Una manifestación de Dios que tomaba forma humana? ¿Un mensajero celestial que hablaba con autoridad divina? ¿Un ser de otro mundo que fue interpretado como una manifestación divina? ¿Una tradición teológica que combinaba diferentes figuras en una?

El texto no nos dice. Nos deja con la pregunta.

PARTE VIII

LA MEMORIA Y EL MISTERIO

CAPÍTULO 23 LA TRANSMISIÓN DEL ASOMBRO

Una de las cuestiones más fascinantes que plantea nuestra investigación es cómo las sociedades transforman acontecimientos extraordinarios en relatos. La tradición oral, la transmisión generacional, la reinterpretación, el simbolismo, la mitificación: todos estos procesos pueden transformar radicalmente un evento a lo largo del tiempo.

Los relatos bíblicos fueron transmitidos durante siglos antes de ser escritos. Durante este período, las historias probablemente cambiaron, se adaptaron, se enriquecieron con nuevos detalles y perdieron otros. Lo que llegó a nosotros es el producto final de este largo proceso de transmisión.

¿Cuánto puede cambiar un acontecimiento después de siglos de transmisión oral? Los estudios de la tradición oral indican que puede cambiar mucho. Los relatos orales no son grabaciones que se reproducen idénticamente. Son actuaciones que se adaptan a cada audiencia, a cada contexto, a cada generación.

Si los relatos bíblicos han sido transmitidos oralmente durante siglos, ¿qué podemos saber realmente del evento original? ¿Podemos confiar en que el texto final nos dice algo sobre lo que realmente ocurrió?

La respuesta no es sencilla. La tradición oral puede conservar elementos estructurales importantes incluso cuando los detalles cambian. Un evento extraordinario —un encuentro con una presencia, una experiencia de fuego y sonido— podría ser recordado como evento, aunque sus características específicas se transformen con el tiempo.

Pero la tradición oral también puede crear eventos que nunca ocurrieron. Una historia contada una y otra vez puede adquirir la fuerza de la realidad, incluso si empezó como una metáfora o un sueño. Lo que se recuerda no es necesariamente lo que ocurrió.

Hay una posibilidad que merece ser explorada: la "memoria profunda". Una cultura puede conservar el recuerdo de un evento extraordinario incluso después de que el evento original haya sido olvidado. La estructura del recuerdo —los elementos básicos: luz, fuego, sonido, presencia— puede persistir mientras los detalles cambian.

Esta "memoria profunda" explicaría por qué los relatos teofánicos comparten elementos comunes a través de diferentes culturas y épocas. No es que todos hayan visto lo mismo,

sino que todos están procesando el mismo tipo de experiencia extraordinaria con las herramientas de su cultura.

CAPÍTULO 24 LO QUE EL TEXTO NO DICE

Una de las habilidades más importantes para investigar estos fenómenos es aprender a leer lo que el texto no dice. Los silencios pueden ser tan elocuentes como las palabras.

Los profetas no se preguntan de dónde procede el fuego que desciende del cielo. No indagan en la naturaleza de la columna que guía a Israel. No cuestionan la mecánica de los carros celestiales. Esta ausencia de asombro técnico sugiere que estos fenómenos formaban parte de un repertorio cultural compartido, que el público original de estos relatos los comprendía dentro de un marco cosmológico que nosotros hemos perdido.

Pero también podría significar que los autores estaban más interesados en el significado que en el mecanismo. Para ellos, la pregunta "¿cómo funciona?" era menos importante que "¿qué significa?"

Hay un silencio notable en los textos bíblicos sobre el origen de los fenómenos extraordinarios. La zarza arde, pero no se dice qué la enciende. La columna guía, pero no se dice qué la mueve. El carro vuela, pero no se dice qué lo propulsa.

Este silencio es problemático para las interpretaciones tecnológicas, que necesitan explicar el origen y el funcionamiento del fenómeno. Pero también es problemático para las interpretaciones teológicas, que necesitan explicar por qué Dios se manifiesta de manera tan concreta.

Lo que el silencio sugiere es que los autores bíblicos no se preocupaban por el origen del fenómeno. El fenómeno era un hecho; lo importante era su significado.

PARTE IX

LA PREGUNTA QUE PERMANECE

CAPÍTULO 25 ¿QUÉ LLAMAMOS "DIOS"?

La pregunta más profunda que surge de esta investigación no es si los antiguos vieron naves espaciales o manifestaciones divinas. Es: ¿qué llamamos "Dios" cuando no comprendemos la naturaleza de una inteligencia?

Los antiguos llamaron "Dios" a la presencia que encontraron en la zarza, en la columna, en el monte, en el carro. No tenían otro nombre para lo que experimentaron. No tenían otra categoría para lo que vieron. "Dios" era el nombre que daban a la realidad que los visitaba, que los guiaba, que les hablaba.

Nosotros llamamos "Dios" a una realidad que entendemos de manera muy diferente. Para nosotros, Dios es una idea, una creencia, una construcción teológica. Para los antiguos, Dios era una presencia que se manifestaba en fuego, en nube, en carro. Para nosotros, Dios es una abstracción. Para ellos, Dios era una experiencia.

Esta diferencia es fundamental. Cuando los antiguos decían "Dios", no estaban formulando una proposición teológica. Estaban describiendo una experiencia. El fuego, el humo, el sonido, el movimiento: todo era parte de la experiencia de lo divino. No era una explicación; era una descripción.

Nuestra moderna dicotomía entre "religión" y "tecnología" es una construcción histórica que no se aplica al mundo antiguo. Para los antiguos, no había conflicto entre lo divino y lo técnico. Un carro celestial podía ser tanto un vehículo como una manifestación de la presencia divina.

Quizá el error está en asumir que una sola explicación puede abarcar toda la experiencia. Un fenómeno físico puede ser también una experiencia religiosa. Una experiencia religiosa puede ser también un evento tecnológico. Nuestras categorías, que separan estos conceptos, no son universales. Son nuestras.

Los antiguos profetas, enfrentados a fenómenos que no comprendían, los interpretaron en los términos de su cultura. Nosotros, enfrentados a los mismos fenómenos, los interpretamos en los términos de la nuestra. La diferencia no está en los fenómenos, sino en nosotros.

CAPÍTULO 26 EL MAPA DE LA INCERTIDUMBRE

He llegado a creer que toda investigación sobre fenómenos extraordinarios en textos antiguos debe comenzar y terminar con el reconocimiento de la incertidumbre. No hay pruebas definitivas. No hay respuestas seguras. Hay preguntas, hay textos, hay culturas, hay experiencias, y hay nuestra propia incapacidad para comprender aquello que está más allá de nuestras categorías.

Esto no significa que la investigación sea inútil. Significa que la investigación nos lleva a un lugar donde las preguntas son más importantes que las respuestas. Donde la honestidad intelectual consiste en reconocer lo que no sabemos.

He intentado, en estas páginas, trazar un mapa de la incertidumbre. He señalado los lugares donde los textos son ambiguos, donde las hipótesis son débiles, donde las pruebas son insuficientes. He mostrado cómo cada interpretación tropieza con dificultades, cómo cada explicación encuentra anomalías.

Este mapa no es una guía para llegar a un destino. Es una invitación a explorar el territorio sin saber qué encontraremos. Es una invitación a vivir con preguntas abiertas.

EPÍLOGO

LA PREGUNTA EQUIVOCADA

Tal vez, después de todo, hemos estado haciendo la pregunta equivocada.

No deberíamos preguntar si los antiguos confundieron a extraterrestres con dioses. No deberíamos preguntar si sus visiones fueron reales o imaginarias. No deberíamos preguntar si los carros de fuego eran naves espaciales.

Deberíamos preguntar: ¿qué clase de experiencia puede producir un relato capaz de sobrevivir miles de años, cambiar de significado, atravesar culturas y seguir provocando la misma sensación de extrañeza en personas que viven en una civilización completamente diferente?

La zarza ardiente, la columna de nube, el Sinaí humeante, el carro de Ezequiel, la ascensión de Elías: todos estos relatos hablan de un encuentro con algo que transcendía la experiencia ordinaria. Los antiguos llamaron a ese algo "Dios" o "ángeles" o "la gloria del Señor". Nosotros podríamos llamarlo de otras maneras.

Pero lo que importa no es el nombre que le demos, sino la realidad de la experiencia que esos nombres intentan comunicar. Algo ocurrió. Algo fue visto. Algo fue oído. Algo fue experimentado. Y esa experiencia fue tan poderosa que generó tradiciones, escritos, religiones

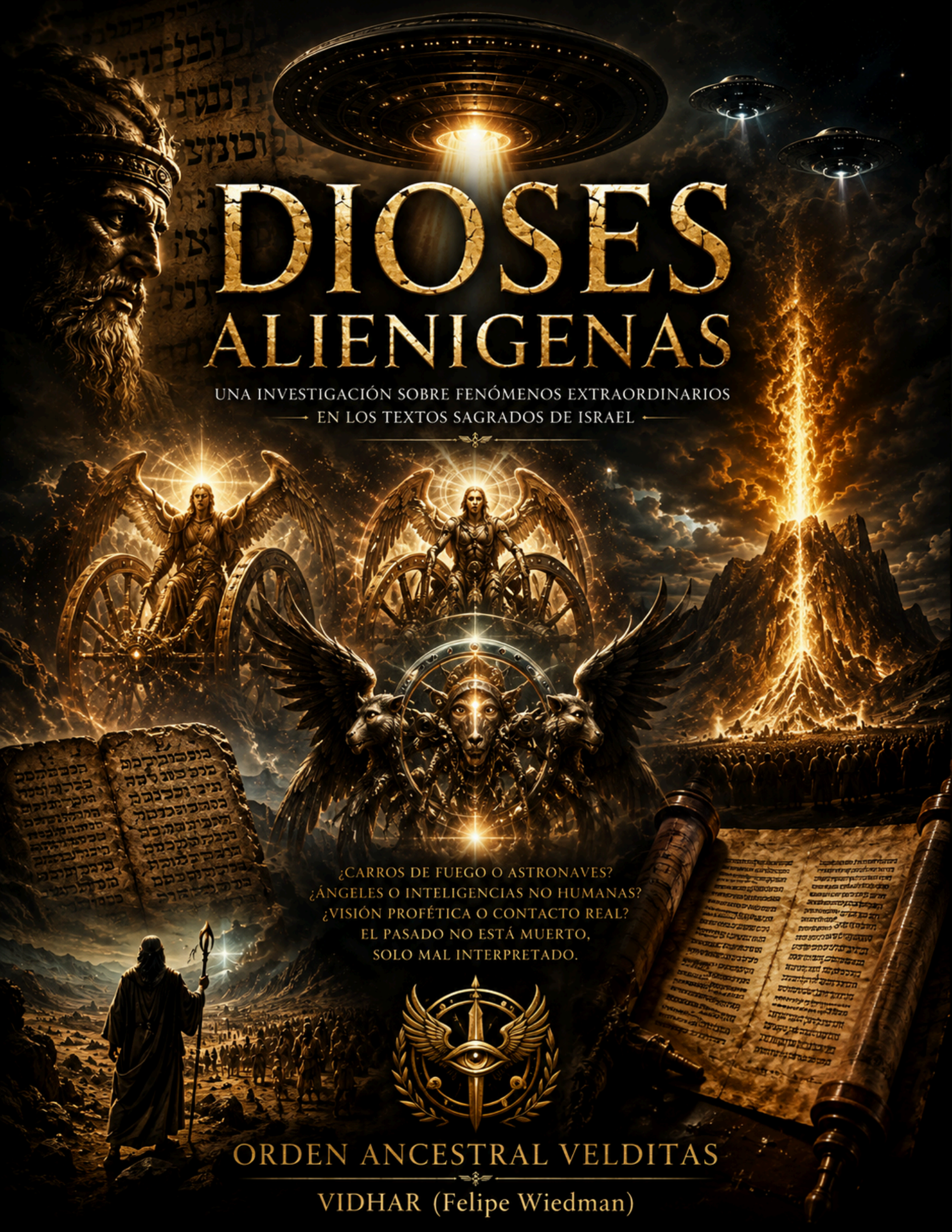
enteras.

Quizá Dios, inteligencia no humana, fenómeno natural, experiencia visionaria y símbolo cultural no sean necesariamente explicaciones mutuamente excluyentes. Quizá la experiencia que tuvieron los profetas fue todas estas cosas simultáneamente. Quizá nuestra necesidad de elegir una sola explicación es la limitación, no la suya.

Los antiguos, al describir lo que vieron, nos dejaron un legado de preguntas. No nos dieron respuestas. No pudieron. Quizá no había respuestas para dar. Pero nos dejaron la pregunta, y esa pregunta es más valiosa que cualquier respuesta que podamos inventar.

Porque la pregunta nos mantiene abiertos al misterio. Y el misterio, al final, es más real que nuestras certezas.

Termino este libro en la misma incertidumbre en que lo comencé. Catorce años después, no sé qué vieron los profetas. Pero sé que la pregunta vale la pena. Y espero que tú, lector, después de recorrer estas páginas, también lo creas.


DIOSES
ALIENIGENAS
UNA INVESTIGACIÓN SOBRE FENÓMENOS EXTRAORDINARIOS
EN LOS TEXTOS SAGRADOS DE ISRAEL
¿CARROS DE FUEGO O ASTRONAVES?
¿ÁNGELES O INTELIGENCIAS NO HUMANAS?
¿VISIÓN PROFÉTICA O CONTACTO REAL?
EL PASADO NO ESTÁ MUERTO,
SOLO MAL INTERPRETADO.
ORDEN ANCESTRAL VELDITAS
VIDHAR (Felipe Wiedman)